

ENTREVISTA A ÁLVARO JARA: “QUE LA HISTORIA NO QUEDE DETENIDA DEPENDE ABSOLUTAMENTE DE LOS PROPIOS HISTORIADORES”*

Alejandra Araya
Eric Gamboa**

Álvaro Jara recibió el título de profesor de Historia por el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Realizó sus estudios de especialización en historia económica en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, en el College de France y en la Universidad de París. Fue profesor del Centro de Historia Americana de la Universidad de Chile, donde compartió sus experiencias como investigador con Ruggiero Romano, Sempat Assadourian, entre otros. Fue profesor invitado en universidades europeas y estadounidenses, y también en El Colegio de México. En 1990 recibió el Premio Nacional de Historia. Hasta poco antes de morir —el año 1997— aún ejercía la docencia, específicamente en el Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile.

Álvaro Jara no fue un hombre de entrevistas, tal vez ésta sea de las pocas que concedió. Curiosamente, accedió a ser entrevistado por alumnos de la Universidad de Chile, lo que reflejó, una vez más, su interés por acercarse a los estudiantes de historia y a las nuevas generaciones, pero sobre todo nos reveló su intrínseca vocación de maestro.

Guerra y sociedad en Chile fue y sigue siendo uno de los libros de lectura obligada para los estudiantes de historia en ese país.¹ La obra, sin duda, ha

* Esta entrevista fue publicada en la revista *Nueva Clío*, año 1, núm. 2, diciembre 1993. Revista de los estudiantes de historia del Departamento de Ciencias Históricas-Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad de Chile. Agradecemos a los autores que nos facilitaran este material.

** Alejandra Araya es profesora del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile y doctoranda por El Colegio de México. Eric Gamboa es licenciado en Historia, egresado de la Universidad de Chile.

¹ Álvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1971.

despertado por generaciones gran inquietud e interés, y es un deleite por la claridad de sus conceptos. Permite a los que se inician en la disciplina, tener la satisfacción de saber que la labor historiográfica, puede dar luces a problemas profundos, cuando se impone el desafío y la responsabilidad de trabajar rigurosamente y con originalidad.

Ciertamente, dicha obra traspasó las esferas locales y se ha integrado a la historia de nuestro continente. Así por ejemplo, autores como Bartolomé Bennassar han incluido en sus trabajos sobre la historia de América, el tema de la incapacidad de los españoles para reducir la resistencia indígena en Chile y le han dado crédito a *Guerra y sociedad*: “gracias al hermoso estudio de Álvaro Jara es posible analizar las razones y las formas de esta resistencia”.²

Con el paso de los años se especializó en la Historia Económica de América Latina, a la que llegó —según sus propias palabras— con el convencimiento de que había que buscar una problemática más profunda del pasado latinoamericano. Nos dijo que para cumplir con esas aspiraciones sabía que se precisaba de nuevos métodos de trabajo. Sólo con aquéllos —a su juicio— se podía trabajar prolijamente las fuentes primarias y así constituir una historia que entregue realmente aportes.

Los *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana* (1966) son los que realmente le dieron un reconocido espacio en la historia de nuestro continente. En uno de esos ensayos, Jara logró separar la producción de plata de la de oro en Charcas y Perú desde 1531 hasta 1600. Este meticuloso y esforzado trabajo, lo incluyó indudablemente en la historia de América.

Nos relató que sus primeros pasos como investigador los dio transcribiendo los protocolos de escribanos más antiguos del Archivo Nacional (entre 1956 y 1957), para el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina; labor que realizó en conjunto con Rolando Mellafe. Con la ayuda de la fundación Rockefeller pudo trabajar registros de escribanos en archivos chilenos y argentinos. De estas incursiones surgieron dos obras sobre el trabajo y el salario indígena en el siglo XVI.³

Luego su interés se centró en la búsqueda de material documental que permitiera aclarar otros problemas de la historia colonial. En la misma línea de la historia del trabajo y con la colaboración de Sonia Pinto, publicó dos volúmenes de *Fuentes para la historia del trabajo en el reino de Chile* (1965). Su objetivo era entregar un instrumento con el cual la historia económica y

² Bartolomé Bennassar, *La América española y la América portuguesa, siglos XVI-XVIII*, Akal editor, Madrid, 1980, p. 228.

³ Álvaro Jara, *El salario de los indios y los sesmos del oro en la Tasa de Santillán*, Centro de Investigaciones de Historia Americana-Universidad de Chile, Santiago, 1961; *Trabajo y salario indígena, siglo XVI*, Editorial Universitaria, Santiago, 1987. Ambos libros fueron comentados en nuestro *Boletín de Fuentes* dedicado al tema de Economía Indígena, núm. 12, 1999, en el artículo de Juan Guillermo Muñoz, “Pueblos de indios del Valle Central chileno. Algunos aspectos económicos”, pp. 9-26.

social pudiese confrontar las disposiciones legales con la realidad. Con un tono muy ameno, nos explicó que a su juicio “todo historiador que trabaja con documentación original es, en cierta medida, un detective”.

Cuando Álvaro Jara recibió el Premio Nacional de Historia, se encontraba trabajando en un proyecto de grandes dimensiones. La reconstrucción de la contabilidad imperial española en América. Logró publicar con John J. TePaske, en Duke University, el trabajo referente a las Cajas del Ecuador y en forma individual algunos artículos sobre las Cajas de Bogotá y Cartagena de Indias.

Su trayectoria como investigador nos motivó a realizar esta entrevista, quisimos conocer algunas de sus vivencias, pero especialmente pretendimos dar a conocer su permanente decisión de dedicar su vida al oficio de historiador.

Bastó sólo con cruzar la puerta de su casa para darnos cuenta de que la idea del historiador tradicional ahí no tenía cabida. Luminosidad, equipo de sonido, muebles acogedores y no monumentales y sobre todo él mismo: agradable, sencillo, de magnífico sentido del humor, riguroso al hablar pero jamás ininteligible.

La primera pregunta se refería precisamente a su opinión respecto a la aceptación general entre los historiadores de encontrarnos ante una nueva historia:

Con el calificativo de “Nueva Historia”, creo que no se hace sino subrayar la idea de que cada época tiene su propia manera de hacer historia. La de hoy es muy diferente a la tradicional, entendiéndose por ella la historia que se escribía en el siglo XIX. En la actualidad la tecnología condiciona el quehacer del hombre, por tanto, también a la historia que es el reflejo de su época. Entonces no se puede prescindir, por ejemplo, entre las herramientas de trabajo, de la informática, aunque sea soslayadamente. Si la historia no se adecua a las nuevas preocupaciones, no avanza, queda detenida. Que ello no se suceda depende absolutamente de los propios historiadores.

Deseamos medir el pasado, precisar sus dimensiones, sus estructuras, lo permanente, aquello que se mantiene durante largos periodos de tiempo. En mi caso, por ejemplo, sin los recursos de la computación, jamás habría podido emprender la tarea de seriar la información contenida en las cuentas del imperio español en el siglo XVIII, y luego construir series y gráficos que muestran la capacidad tributaria de las colonias americanas, en un periodo que abarca 110 años de historia, labor que nadie había realizado, con un sentido globalizante hasta el momento. El problema de la historia es crear, no predicar. Este trabajo de reconstrucción de las Cajas Reales forma parte de una colección poco comprendida por los propios historiadores. Es un trabajo de pionero, pero que es francamente importante: seriar datos de gastos e ingresos fiscales del imperio español hace más fácil el entendimiento y la comprensión de la historia económica de América. Estudiando estas cifras también podemos dar cuenta

de la importancia relativa de Chile dentro del contexto mayor del imperio español.

¿La novedad en este caso, relacionado con las posibilidades tecnológicas actuales, es descubrir documentación nueva?

Exacto. Y hacerlo no es tan fácil. Por ello señalaba la creación como problema del historiador. Seriar datos es un trabajo fino y complicado. La importancia en hacerlo, radica en las posibilidades de establecer, con esos datos, relaciones hasta ese momento no vislumbradas y sacar conclusiones más objetivas. Esta llamada documentación nueva, no lo es en absoluto. Está ahí, en los archivos. Pero no se había descubierto su capacidad de explicarnos muchas interrogantes. No se había reparado en su elocuencia, porque los investigadores no habían aprendido a ordenar la información que contenía. Para obtenerla era necesario hacerla manejable, y para esto se precisaban nuevos métodos de trabajo: de las series, se pasa a la expresión gráfica para mostrar en un lenguaje visual, accesible a todos, lo que las cifras significan traducidas a imágenes. Hay que buscar los métodos adecuados para explicar el conjunto, despejar los ángulos oscuros que impiden armar el panorama global y para ello se requiere de originalidad. La historia económica ha penetrado en esos sectores oscuros y a veces impensados o no imaginados, que no existían para la historia tradicional, visibles hoy gracias a la tendencia general de la cuantificación y a la matematización.

El intento de una explicación general, aunque sea llevada a cabo con información objetiva, no es mecánica. Hay una gran y verdadera angustia en la búsqueda de las claves de la historia de América, de la columna vertebral de su desarrollo. He vivido por años y años dominado por estos sentimientos. Realizar con originalidad esa empresa, la historia global, es parte de la tarea de ustedes, la nueva generación. Sentimos cariño a la disciplina, pero es la curiosidad la que mantiene nuestros “combates por la historia”. Lo espiritual, cobra aquí entonces, una importancia decisiva para nosotros.

¿Cómo ve usted entonces, la historia de América?

La veo con mucho por hacer, sobre todo en su desarrollo económico. Hay una serie de procesos primarios que no conocemos, o que conocemos mal. Sectores económicos que hay que reconstruir para saber su peso específico en el conjunto. Esto es lo que yo llamo “historias de base”. Por ejemplo, historia de la producción agraria, de la minería, y muchos otros temas. Del estudio de cada uno de los distintos aspectos de la vida económica es que podemos hacer una historia más panorámica, más inteligible.

Por lo que se deduce que armar el panorama global es muy difícil...

Es una responsabilidad enorme. Por eso me parece que las historias generales son muy precipitadas, ya que todavía se ignora mucho. Nuestro trabajo es de hormigas; no se puede estudiar todo, pero sí ciertas partes fundamentales en profundidad, a partir de las cuales establecer relaciones. Siempre habrá cosas que se ignoran. Esta verdad es la mayor falencia de una historia general.

Cuando habla de un perfeccionamiento de la disciplina histórica, se refiere por un lado a la elaboración de métodos adecuados. ¿Pero también a unos marcos teóricos conceptuales más precisos? Porque eso llama mucho la atención en sus trabajos, es decir, el manejo de una conceptualización muy definida.

Me parece de lo más normal hablar con los conceptos que manejo, lo que me extraña es que otros no lo hagan. Hacer ciencia implica precisión, y para eso es fundamental abarcar y enfocar el objeto de estudio de la manera más clara posible, con el fin de determinar bien aquello de que se está hablando y poder comunicar los frutos de la investigación, es decir, cumplir con el objetivo del conocimiento científico. Los marcos teórico-conceptuales son herramientas que se deben ir perfeccionando también.

Usted también ha señalado que para trabajar en historia americana colonial se requiere del empleo de un doble marco teórico. Explíquenos un poco más...

Cuando hablo de un doble marco teórico no me refiero a que sean dos o uno, independientes entre sí. De un lado necesitamos uno para explicar la sociedad americana, como fruto de la implantación española. Éste es el marco interno: el modelo de conquista crea una sociedad jerárquica, con una gran masa desposeída con difícil acceso al consumo, fundamentalmente indígenas y mestizos. Pero esta sociedad también forma parte de un imperio y aquí entra el otro marco, que sobrepasa al primero o lo encierra: la sociedad está dentro de una política imperial, la cual le impone fines directos y exigencias.

La “entrevista” tuvo muchas particularidades, la más importante, que el profesor Jara se negó a ser grabado, por lo que después de muchas correcciones hechas por él mismo, logramos armar el texto de una forma coherente. Fue un trabajo participativo entre entrevistadores y entrevistado, exclusivo para la revista, cosa que agradecemos mucho del profesor.

En la última sesión hablamos de muchos temas sueltos. En un intento de síntesis pensamos que era muy interesante consignar las líneas temáticas de investigación de Álvaro Jara, y algunos relatos de experiencias que nos pueden servir de consejos. Consejos nada despreciables viniendo de un “pensador” gestor de innumerables aportes a nuestra historia, como por ejemplo: la reinterpretación de las estructuras creadas por la acción conquistadora y colonizadora hispánica, el estudio del inusual ejército privado de conquista, su influencia en la formación del Estado en condiciones coloniales, hasta su transformación

en instituciones orgánicas del imperio español. Ha estudiado también el impacto de la conquista en la sociedad indígena, su desarticulación, los efectos del descenso demográfico, los sistemas del trabajo y del salario. A esto se debe agregar el aporte en instrumentos de trabajo para otros historiadores, como enseñar y aplicar modernos métodos cuantitativos para el tratamiento de fuentes no tradicionales (archivos notariales, por ejemplo), como también la publicación de colecciones documentales.

Sin embargo, entre tantos méritos, debemos señalar uno de vital importancia: la formación de miles de alumnos, hacer escuela. En este sentido, él mismo pone una luz de alerta, en cuanto a la formación de un historiador:

“Un historiador tiene que resumir muchas cosas en sí mismo, pero eso de pensar que la Universidad tiene que dárselo todo en forma de materias es absurdo, un investigador se hace sufriendo, pensando, creando. Eso muy pocos lo entienden, las fábricas de historiadores no existen, por eso, aquí en Chile, hay tanto ‘ensayismo’ toman de otros sin volver a las fuentes originarias, un historiador es una especie de detective, el más inquieto. Por otro lado ni aquí ni en Chile ni en América hay profesores capacitados ni suficientes como para enseñarles.”

Su opinión respecto a las nuevas generaciones de historiadores, fue bastante singular: “Hay mucha gente manejable, por manejar y que se maneja”. Esto en relación con la pregunta sobre la participación del historiador en la realidad social y los aportes que haga de ella; declara “no haber sido nunca un historiador politizado”. ¿Podemos ser los que trabajamos con el pasado los que dictaminemos el futuro? “Las políticas contingentes sólo tratan de atrapar la verdad a medias. Si eso se logra se transforma en material óseo, se hace inmutable. Esto es lo que ha pasado y ha hecho mucha gente en América Latina, han trabajado con cartel. Yo soy partidario de encontrar LA VERDAD, y los que quieran usarla políticamente que la usen. Allá ellos. Esto lo descubrí hace muchos años, cuando intentaron prohibirme que leyera un libro.”

Lamentablemente no quiso extenderse en estos temas, antes que nada quería que se conociera en su labor como investigador, que sus aportes sirviesen a cualquier persona sin crear perjuicios de ninguna índole, ya que, según dijo, éstos sólo entorpecen el quehacer intelectual. Esperamos haber cumplido con tal anhelo.